

Santa Marta, 28 de Septiembre/2011

Querida Hija(o),

El miedo no es solamente una forma de hablar del mundo, es, además, una forma de actuar.(Reguillo, Rossana. Pp. 48)

No siendo un día soleado en mi tierra caribeña, sino todo lo contrario, bastante nublado, lluvioso, con un clima que mezclaba corrientes frías y fuertes brisas, palabras de mi madre que decían *hoy estaremos metidos en agua*, sentimientos de la niñez y la adolescencia en tiempos de colegio; cuando no asistíamos porque amanecía lloviendo fuertemente y las calles principales de la ciudad no permitían transitar los carros, se apilaban en mi corazón una serie de emociones que añoraban quedarse aquí en el lugar en el que nací y viví 16 años, sin tener que regresar a aquella fría ciudad en su temperatura atmosférica y social; dónde las personas poco se conocían las unas con las otras, dónde lo mejor era estar siempre alerta, ser más indiferente que amable y servicial, dónde el realmente compañero en el bus o en transmilenio es uno de los tantos miedos que invaden mi ser, el de ser la próxima víctima de robo o atraco aquí donde este crimen va de la mano en muchos casos con la muerte.

Tal vez, estas palabras que escogí para iniciar esta carta no son muy alentadoras, pero este, es parte del panorama que se vive en la ciudad de Bogotá, la capital de Colombia, mi país para el año en curso. Sin embargo, me gustaría aclararte, para que no te quedes con el sin sabor de que todo lo anterior descrito es lo único que hay, que en esta ciudad como bien afirma uno de nuestros acompañantes en este camino que te contare, tiene lugares donde podemos sentirnos seguros y a salvo (Salcedo, Andrés. Pp. 102). Además es una ciudad dónde confluyen millones de culturas, formas de ver la vida, contrastes entre arquitecturas antiguas y modernas, científicidad y magia, misticismo y religión. Es todo un derroche de pequeños mundos que hacen compleja entenderla en su totalidad. Y es por eso que quisiera contártela desde todos aquellos personajes que construyen la memoria social, política, económica desde el mundo complementario al de la vida, la muerte, *los fantasmas*. Y seguramente leyendo te preguntarás ¿por qué decidí contártela desde ellos? Porque muchos de ellos producen miedo, forman parte de los “Otros”, aquellos que no son escuchados sino silenciados en nuestro país y además porque el miedo ha sido una categoría constructora del proceso evolutivo del ser humano; puesto que acciona las alarmas de peligro y de

protección instintivas, de las civilizaciones más fuerte en términos de la teoría Darwinista y de sociedades como la occidental en términos peyorativos para infringir subordinación en diferentes ámbitos como la educación, el orden público etc. Asimismo es un tópico que por sus efectos y por las historias intrínsecas que lleva, genera en palabras de Rossana Reguillo un potencial analítico en términos socioculturales (Reguillo, Rossana. Pp. 51). Y personalmente porque despierta curiosidad pero sobretodo matices desde donde sea estudiado o analizado; por ejemplo sí es visto con lentes judeo-cristianos o visto con los lentes de la brujería o sí es visto con los lentes de la ciencia etc. Así también entre las motivaciones estuvo una salida de campo a la Candelaria, un barrio de Bogotá impregnado de estos entes enigmáticos, conocido como el recorrido nocturno con los fantasmas.

Antes que nada considero relevante intentar explicarte cómo se ha concebido a los fantasmas desde su etimología. “La palabra “fantasma”, viene del griego *phantasma* que significa espectro, visión quimérica. Un fantasma es una aparición no material (a veces tangible), que generalmente posee forma de humano, aunque se dan casos de animales y objetos. Suele decirse que es un fantasma todo ente que se manifiesta de alguna forma, pero lo que representa (una persona, por ejemplo) ya no existe, falleció o se encuentra en un estado cataléptico” (Monsalve, Stella. Pp. 17).

Desde esta definición y como bien te he mencionado anteriormente, ellos nos cuentan historias de tiempo atrás de la cotidianidad de la vida en Bogotá, porque la Candelaria, era Bogotá en sus principios. Empero, quienes se convirtieron en los interlocutores en el presente, de estas historias son los habitantes del sector, aquellos que las han oído de sus abuelos, han vivenciado alguna de estas, han estado presentes cuando aquel que la vivió las ha contado o se han interesado por ellas y se han dedicado a estudiar su razón de ser, guardándolas en su baúl de los recuerdos y desde hace poco tiempo se han retomado como artífice del neoliberalismo económico.

Y este es un ejercicio de reconstrucción de la historia de Colombia, de la cultura misma, de las condiciones socio-políticas, que deben ser un constante factor de cambio en un país que sufre de Alzheimer, en el que los sucesos se repiten constantemente así como se olvidan rápidamente.

Mi niña(o), la vida y la muerte son en algunos sectores de la sociedad occidental, mundos paralelos, que no deben estar en constante interrelación, es cómo un tabú, ya que es algo que está por fuera del control de la racionalidad, y genera incertidumbre, es en palabras de Zygmunt Bauman un punto sin retorno (Pp. 45).

De ese mundo paralelo es de donde viene el objeto de estudio que acontece esta carta, por eso es que de noche se convierten en los protagonistas de las calles de la candelaria, apropiando y resignificando los espacios en voces de protesta de injusticia en la mayoría de los casos, por ayuda en otros o simplemente con el deseo de manifestar algo que ellos saben y es necesario que se tenga pleno conocimiento. Muchos de los protagonistas de estas historias fueron mujeres, relatando sus condiciones de vida y su construcción cultural como bien nos cuenta Susana Castellanos; “las mujeres tienen más vínculos con las fuerzas oscuras y los espíritus” (Pp. 186). “Eran esa proyección del alma masculina investida de una potencia temible” (Ibíd.). Estaban revestidas con características como la sensibilidad, la sensualidad, lo carnal, erotismo, seducción así como por un dogma cristiano de predestinación al mal (Ibíd. Pp. 189).

Con los lentes del legado hispánico Judeo-cristiano, los fantasmas están ligados al mal, ya que sí se invocan a través de rituales son malignos, puesto que los ángeles no son invocados ni llamados, simplemente hay comunicación con ellos a través de la oración.

El yo y el Otro

En palabras de Francisco Ortega, historiador de la Universidad Nacional, “La presencia de fantasmas evidencian memorias que la misma modernidad de la ciudad pretende borrar, pero que una y otra vez, regresa de una u otra manera”.

Estos fantasmas no solamente son las entidades que divagan en las noches por los corredores de las casas, son también las relaciones de dominación que se evidenciaron desde la llegada de los españoles a territorio Muisca, en la República y en la actualidad. Nos cuentan la historia del proceso de higienización que empezaron a desarrollar las clases dominantes en función de sus intereses particulares. Por ejemplo: el caso de los borrachos que salían de la cantina y eran seducidos por una mujer hermosa, que los llamaba y atraía hacía la ladera de las montañas del Cerro de Monserrate, en donde eran golpeados por esta y dejados ahí con vida y moretones. En términos de los médicos de esa época, aquellos

hombres habían sufrido estos moretones en su cuerpo, producto del consumo de la chicha, la cual generaba una enfermedad conocida como *Pelagra*, “cuya manifestación particular consistía en la aparición de manchas rojas en todo el cuerpo” (Noguera, Ernesto. Pp. 164), además tenían estas alucinaciones debido a que el veneno amarillo provocaba embrutecimiento, omitiendo explicaciones de otra índole, distintas a las de la razón que venían de la mano de todos aquellos procesos de modernización intrínsecos del Estado industrializado y urbanístico.

En este proceso de modernización se buscaba que la científicidad dominara a todo saber o conocimiento mágico o como la llama Lèvi Strauss Ciencia Primaria, innato en el saber indígena.

Desde ahí se puede construir una cartografía del poder, en el cual, existen dos clases: popular; la mayoría de la población pobre y la elite; todos aquellos gobernantes o familias adineradas de la época. También en términos de la religión: el catolicismo o cristianismo y el paganismo (religiones indígenas).

Una reproducción de las relaciones de poder entre hombre y mujer, estando esta última sometida a las decisiones del varón padre o esposo, como bien lo ejemplifican los fantasmas que aparecen en las casas debido a la costumbre de emparedar a las mujeres que fueran infieles o se tuviera sospecha de esto, reconociendo así la desigualdad ante los ojos de Dios mencionada anteriormente con respecto a la malignidad intrínseca desde el Génesis, reprochando todo comportamiento lujurioso que estás afloraran.

En esta misma ruta, estaba la equidad de poderes entre la Iglesia y el Estado en función de la vida, puesto que eran ellos los administradores de la vida de los ciudadanos. El estado definía quien era culpable o inocente careciendo de reales mecanismos para impartir justicia, y la Iglesia a través de los conventos como el de las Clarizas también decidía sobre la vida en casos donde mujeres de sociedad quedaban embarazadas, internándolas a ellas en el convento por el tiempo de su embarazo, o haciendo uso del aborto.

Asimismo observamos una diferenciación de trato para mujeres de la elite y mujeres populares que quedaban embarazadas sin casarse, a las que sus patronas simplemente las sometían al aborto o a la muerte del niño en el peor de los casos no dándoles opción de ser

internadas en un convento para evitar la vergüenza, como bien ejemplifica el fantasma del duende Baltazar.

Con todos estos ejemplos, es claro la constante reafirmación de un *status quo* que debía mantenerse en beneficio de unos pocos; donde no solamente se confirmaba la condición del Otro sino que a partir de ella yo fortalecía mi identidad y mi poderío como hijo de un español, un criollo, diferenciado de un indígena, de una mujer, de un vagabundo, de un pícaro.

El cristianismo: dogma de fe

Sobre este tema ya te he contado un poco a lo largo de la carta, sin embargo, quisiera recalcar un punto clave en el caso del duende Baltazar, del cual, se puede extraer una retroalimentación de la información suministrada del sujeto informante por parte del investigador.

Los niños nacidos no bautizados que murieran naturalmente o no, andaban deambulando por las casas donde habían sido dados a luz, recalcando la necesidad del sacramento del bautismo en el menor tiempo posible; ya que el alma del niño podía ser tomada por el miedo más aterrador para cualquier católico-cristiano, el demonio. Y esta concepción es un legado que permanece en la mente de muchas personas católico-cristianas en la actualidad. Siendo el miedo en muchos casos el institutor de ciertos actos en la religión católica no la convicción real de la institución, lo cual, se ha manifestado en la pérdida de adeptos en los últimos tiempos de esta religión.

Desde esta perspectiva las explicaciones que se le dan a los fantasmas, son ánimas en pena, fuertemente relacionadas con esa concepción de que antes de irte de este mundo, para encontrarte con Dios, tu debiste haberte descargado de todos tus pecados y reconciliarte con él y tus hermanos, y sí esto no ocurrió tu alma no estará en paz y en completa tranquilidad, por lo que andará divagando sin rumbo fijo hasta que se halle la razón o desde el campo terrenal se les ayude a descansar, como ha sido el caso de la mula herrada; mujer que fue encontrada muerta con sus manos y sus pies claveteados con unas gastadas herraduras, que no fue posible arrancarle, la cual había estado desaparecida hacía meses. También esta el

caso del abogado José Raimundo Russi, del que hay varias versiones; algunas lo cuentan como un malhechor que robaba y mataba a los rateros que había defendido y otros narran la historia de un hombre que fue involucrado en un asesinato por Manuel Ferro un ladrón y condenado a muerte injustamente en la Plaza Mayor.

Entre otros casos encontramos el fantasma de la Cazaca Verde, quien señaló con tres golpes en la pared que ahí se encontraban unas morrocoyas de oro, anexándoles otras cualidades a los fantasmas de dadores de favores, como sucede con los santos.

Es así como la religión ha colaborado a la historia a caracterizar lo incierto, para evitar cualquier descontrol y emanación de miedos paralizantes.

El poder como productor del miedo

El Estado nominalmente tiene el monopolio legítimo de la fuerza, y en casos como Colombia donde vivimos en Estado de sitio casi 70 años desde que se instauró en la Constitución de 1886, derivó en acciones de abuso de poder y autoritarismo como la criminalización de la protesta, la persecución política y la limpieza social. Historias que hasta el día de hoy, recuerdan aquellos que fueron víctimas de la misma tanto vivos como muertos, siendo el caso del seminario menor de Bogotá, donde cuentan sus habitantes, estudiantes, se oyen voces, se apagan las luces, puesto que antes de ser una residencia estudiantil, fue un edificio en el que se torturaban a millones de personas por parte del servicio de inteligencia colombiana.

Otro de los casos que evidencia el abuso de poder que se vive todavía en Colombia no sólo por parte del Estado y de sus instituciones, como lo es el ejército sino también por parte de grupos paramilitares y guerrilleros, es la toma del palacio de Justicia. Acontecimiento de la historia colombiana que cobró centenares de personas no sólo en el fuego abierto que se dio al interior de la edificación sino también a las afueras, cuando eran “rescatados” por las fuerzas armadas de manos del M-19, muchos de los cuales fueron desaparecidos y permanecen en ese estado hasta el presente día.

Un caso para ejemplificar es el del estudiante narrado en el artículo de Stella Monsalve; el cual, se encontraba realizando un trabajo sobre el Palacio de Justicia a altas horas de la

noche y tuvo una aparición de un espectro, y un contacto físico con este, que lo marco para el resto de su vida.

En la actualidad de Colombia seguimos viviendo estos abusos de poder, miles de personas siguen desapareciendo a diario, otras aparecen muertas sin tener ningún enemigo, y muchas otras son estigmatizadas como jóvenes (drogadictos o prostitutas) y dadas de baja como positivos. Retomando en este último caso la idea religiosa de que se podía impartir justicia humana a los pecadores.

Mucho más por decir

Esta historia ha estado un poco larga cariño, seguramente demorarás días en leerla, pero espero que logres llegar al final, porque lo que quiero resaltar a continuación está lleno de minucias que hacen más interesante este recorrido.

Nuestros amigos, los fantasmas, siempre son contados como siluetas, sombras, como si vivieran en una cueva, donde la luz no pudiera alumbrarlos, donde la penumbra fuera su amante, donde es la pared y la imaginación la que logra darles formas. Pero esto es producto de nuestro desconocimiento sobre ellos y también de la idea de que ellos no deben estar acercándose o relacionándose con el mundo de los vivos. Sin embargo, es paradójico como los mitos juegan con la belleza de la mujer, como símbolo de seducción para atraer a un hombre, a pesar de estar muerta, reproduciendo así la mancha del pecado original impresa en ellas. Es como si la belleza se convirtiera en un poder para hacer daño, para acabar con la majestuosidad de todo lo creado sobre la faz de la tierra, enfatizando en que a pesar de que por fuera se vea hermosa, no es bueno confiarse y siempre mantener cierta suspicacia y celos sobre el interior, no sólo de la mujer sino del ser humano mismo, observado por muchos autores como Hobbes, quienes pensaban que el hombre es un lobo para el hombre.

Otro aspecto un tanto reproductor y dinamizador del legado cultural hispánico es el hecho de que los fantasmas no son en la mayoría de casos pensados como guías, ni protectores como te he relatado anteriormente, como sucede en libros como “*la casa de los espíritus*”

de Isabel Allende, donde clara la madre y protagonista del libro, se le aparece a su hija Blanca, cuando está en el calabozo en el tiempo de la dictadura deseando morir, para fortalecerla y calmarle su corazón desesperado, reflejando a la Virgen María, con los lentes del cristianismo. Sino todo lo contrario son pensados como artífices para molestar, fastidiar e importunar casas, personas, tal vez usados como esclavos del demonio, y se materializa en la asociación con risas fuertes, burlas y con alterar la paz de un espacio, emanando temor y generando en los vivos sentimientos de rechazo, angustia, y sensaciones como el frío, los pelos de gallina entre otros.

Asimismo también quisiera comentarte que muchos de estos entes, se ven como que están pagando un castigo, están en ese lugar que es el limbo, donde prácticamente no eres nada, no estas identificado ni definido, como sucedió con la lavandera, aquella mujer que no le gustaba lavar y siempre que tenía que hacer este oficio se enfermaba, hasta que muy joven murió y después de eso, la ropa en esa casa aparecía lavada siempre y dicen que lavo 200 años hasta que fue hallada en una pared con un jabón en su mano y así descanso.

De esta historia se puede extraer un punto clave; refleja las labores que eran obligatorias para las mujeres y que por más que se intentaran escabullir de ellas, en la muerte las habrían de hacer por todo el tiempo que las habían obviado.

Adjunto a todo lo anterior es necesario mencionar un punto del recorrido en la Candelaria que llama la atención un poco, el de la cartografía del miedo, no sólo en cuanto al centro de la ciudad considerado un lugar peligroso, en el cual, muchos no sabemos como comportarnos, desconocemos como manejarnos en el, lo que nos produce una sensación de incertidumbre y de tensión, sino también en cuanto a la distribución de los espacios entre los deseables y los indeseables, como se refleja en la llamada calle de las brujas, calle conocida así porque por ahí vivían las prostitutas, en términos de Michel Agier (1995) son áreas morales (Salcedo, Andrés. Pp. 102).

Aquel que tiene el conocimiento y el que lo esta buscando

Ya para finalizar mi historia, es menester contarte sobre el señor Manrique, el que nos comento todas estas historias de fantasmas, un hombre que con cada una de sus palabras, gestos emitía esa sensación de que en cualquier momento podían aparecer, mostrarse ante

nosotros, con un ruido, apagando luces, o simplemente asustándonos, su comportamiento era de una persona convencida de lo que estaba comentándonos, no dudaba por un segundo que los fantasmas existen, siempre nos recalca esta frase *de que los hay los hay*, era un informante fiable, puesto que había residido en la Candelaria desde que era niño, había visto con sus propios ojos algunos de los sucesos que nos narro, como el del obrero que fue golpeado en el seminario menor de Bogotá, por haber estado jugando con la cabeza de uno de los muertos halladas en las paredes en ese tiempo en el que este lugar había sido el edificio del servicio de inteligencia colombiana. Así como del caso de los hermanos, que uno de ellos salto de un cuarto piso después de estar drogado. También había sido oyente de otros, sin embargo en estos casos de oído particularmente se convierte en reproductor de la historia, retroalimentando la historia tal vez con algunos matices para que perdure en la cultura como con el caso de la descripción de la mujer que golpeaba a los hombres, en la que cada narrador anexaba sus propias cualidades.

En consonancia se puede extraer que el señor Manrique no sólo es el informante al estar en un proyecto cultural también se convirtió en investigador, al buscar las razones de ser en muchos casos de estas historias, mostrando al investigador, es decir nosotros, el proceso dinamizador al interior de una cultura, el aporte a la configuración de las explicaciones necesarias para el sentir científico, conjugado con el misticismo y el legado judeo-cristiano que confluyen para construir el discurso de los fantasmas en la candelaria, narrado por nuestro informante.

Empero el señor Manrique como bien afirma Rossana Guber, es sólo una mirada de la historia de los fantasmas, lo cual, se ve reflejado en las diversas versiones que hay sobre algunos sucesos como el del abogado José Raimundo Russi, una cara de la relación de poderes en una sociedad, una versión de millones de formas de conocer el mundo y todo lo que sucede en él, es decir, es un sujeto activo en la configuración de una sociedad, de un discurso; en donde él genera explicaciones y razones de ser de los fantasmas desde sus herramientas conceptuales. No es una versión única y definitiva de la cultura, es una primera ventana para adentrarse a las relaciones sociales y los sistemas de significados de los grupos o los sectores de dicha sociedad (Cohen. 1984). Situación que puedes ver en todas las relaciones de poder mencionadas anteriormente, en el significado supremo de la

virginidad que perdura en la sociedad del sagrado corazón de Jesús, que se puede leer de la vergüenza de quedar embarazada antes del matrimonio, también del significado supremo que tenía el matrimonio cuando existía amor como es el caso de la pareja de ancianos, en la que el esposo embalsamó a su esposa para sentarse con ella en el balcón y luego fueron enterrados juntos, y así muchas otras historias que encontraremos en la geografía colombiana.

Es importante que te cuente, que la relación de nosotros con el señor Manrique estuvo mediada por la profesora Patricia Quintero, quien lo conocía de antemano, lo que facilitó nuestro acercamiento a él, también estuvo mediada por ciertas reglas de convivencia como la llegada puntual, lo que hacía que fuera una relación más cordial desde el principio y por la noche que como el dice es el ambiente propicio para que los fantasmas se dejen ver, al ser sombras. Sin embargo sentí que había alguna información que necesitaba de otra red de informantes más precisa, como por ejemplo la historia del fantasma de la Opera, de la cual, quedaron muchas imprecisiones, que de pronto en un futuro me anime o te animes conmigo a descubrir y así podrías ayudarme a construir más aquel mundo de la ciudad de Bogotá en el siglo XIX.

Finalmente hija (o), quisiera despedirme diciéndote que fue muy grato está salida, aunque reconozco que el miedo embargaba mi ser desde que el señor Manrique llegó a nuestro encuentro, se disipaba cuando hablábamos de otros temas diferentes a fantasmas, pero también aprendí que no se trataba solo de espectros sino de historias que la memoria debe construir para no volver a repetir. Reconocí que existen millones de formas de ver este fenómeno, no solamente desde el miedo por ser algo incierto y relacionado desde la religión con el oscurantismo, sino que nos permite contar la vida de otros que no conocimos y de otras relaciones sociales y de poder que no presenciamos con la misma intensidad, pero que en el caso de la mujer algunas persisten, en el caso de los Otros se mantienen y más en el de en un Estado social de derecho como el colombiano de papel hay mucho camino por recorrer.

Asimismo quería mencionarte que recordé como los indígenas y las comunidades negras ven la muerte como una alegría, cómo un espacio de encuentro con el ser supremo y cómo

la llegada de un momento de felicidad que al parecer formaba parte de lo que tú eres desde que naciste, comparándolo con la visión netamente privada que tiene la muerte en la vida occidental, dónde la mujer o el marido lloran en la intimidad o con sus familiares más cercanos con el propósito de mantener la calma. Y así muchas otras reflexiones que me surgieron y que en otra carta te escribiré.

Con cariño y mucho amor

Tu mamá

(Isabel Cristina Calvette Cormane)

Bibliografía

- Bauman, Zygmunt. 2007. El terror a la muerte. En, Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores. Barcelona. Paidós. Pp. 37-74.
- Castellanos, Susana. 2009. Brujas. Un vuelo sobre los miedos visceral del hombre a la mujer. En, Diosas, Brujas y vampiresas. Bogotá. Editorial Norma. Pp. 185-229.
- Delumeau, Jean. (1989). El miedo en Occidente (siglos XIV-XVIII): Una ciudad sitiada. Madrid. Taurus. Pp. 9-49.
- Guber, Rosana. 2008. El informante, sujeto de la investigación. En, El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo. Buenos Aires. Editorial Paidós. P. 127-146.
- Noguerras, Carlos Ernesto. La lucha antialcohólica en Bogotá: de la chica a la cerveza.
- Reguillo, Rossana. 2006. Los miedos contemporáneos: sus laberintos, sus monstruos y sus conjuros. En, José Miguel Pereira y Mirla Villadiego (Ed). Entre miedos y goces. Comunicación, vida pública y ciudadanías. Editorial Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá. Pp. 25-54.
- Salcedo, Andrés. (1996). “La cultura del miedo: La violencia en la ciudad”. Controversia (169):99-116.